

QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - Nº 114 5/8/2022

EL POETA CÉSAR ATAHUALPA RODRÍGUEZ



EL POETA CÉSAR ATAHUALPA RODRÍGUEZ

ALONSO RUIZ ROSAS

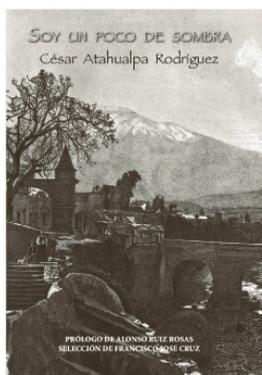
A cincuenta años de la muerte de uno de los líricos más vigorosos del postmodernismo hispanoamericano, se publica por vez primera en España una antología de su obra, con el título *Soy un poco de sombra* (Carmona, *Palimpsesto*, 2022). Aquí, el prólogo y algunos de los poemas antologados.

César Augusto Rodríguez Olcay nació en Arequipa, en una casona ubicada en la calle Puente Grau, el 9 de agosto de 1889. La esquina de esa calle marcaba entonces uno de los límites de la ciudad, trazada a cordel por los conquistadores españoles. Ahí, junto a la barranca del río y bajo la imponente figura de los volcanes, la pintoresca campiña mostraba sembríos y arboledas. Un vistoso puente de tres arcos, construido en esos años, comunicó la calle con la otra banda, llamada Yanahuara por la etnia afincada en el bucólico paisaje. A un lado, el barrio de San Lázaro, también antiguo caserío indígena, ofrecía románticos vericuetos.

El niño fue el mayor de ocho hermanos, tres de los cuales fallecieron en la infancia. Contaba entre sus ancestros maternos un abuelo muerto en la Guerra del Pacífico, en la defensa de Lima, y un tío bisabuelo «el mendicante Calienes» que había sido recoleto, matemático y fugaz obispo de Arequipa. A los catorce años, cuando era alumno del Colegio de la Independencia, Rodríguez empezó a escribir sus primeros versos. En 1907 partió a Lima, a estudiar medicina en el Universidad de San Marcos, pero la falta de recursos lo obligó, en 1912, a regresar a Arequipa, luego de haber permanecido un par de años enrolado en un regimiento de infantería en la Escuela Militar de Chorrillos. El joven estudiante había publicado algunos poemas en el diario arequipeño *La Bolsa* y, en adelante, inició sus colaboraciones literarias en diversos medios.

Una noche iluminada por los fulgores de la bohemia, en junio de 1916, César Augusto pasó a ser llamado César Atahualpa. El poeta Percy Gibson -a quien conoció en una velada literaria, en la que Rodríguez recitó, precisamente, un «Canto a la Raza»- dictaminó con su conocido humor que un mestizo peruano no debía llamarse como dos emperadores romanos y le cambió el nombre del protector de Virgilio por el del inca ejecutado en Cajamarca. El cambio sintonizaba con los vientos que habían empezado a soplar por buena parte de América y así permaneció, aunque el propio Rodríguez -celebrante entusiasta del mestizaje y la crispada garra «del jaguar de mi sangre que es mestiza»- firmara sus obras como César A., dejando en manos del lector descifrar el significado de esa vocal mayúscula con punto.

A Gibson y Rodríguez les unió, en adelante, una estrecha amistad, que se tradujo en la gestación del grupo *El Aquelarre*, surgido ese mismo año. «Somos seis poetas y un aguafuertista, siete hermanos en dolor y ensueño» declararon en el primero de los cuatros números de la revista que lograron editar, junto a Renato Morales de Rivera, Belisario Calle y otros jóvenes bardos. «En sus



páginas -afirmó Gibson- tendrán cabida todos los escritores de la tierra. Desde los viejos consagrados y enemigos personales del modernismo hasta los imberbes e incipientes cubistas de escandalosos y audaces chambergos». Eran, si hay que etiquetarlos, postmodernistas embarcados en travesías personales. En Lima, la revista *Colónida* dirigida por Abraham Valdelomar, los celebró y acogió, mientras surgía en Trujillo el grupo *Norte*, con el protagonismo magnético de César Vallejo, y empezaban a incubarse por doquier los movimientos vinculados a las vanguardias artísticas y políticas que irrumpirían con vigor en la década siguiente.

Arequipa era entonces una ciudad mesocrática, de unos cincuenta mil habitantes, con dinamismo comercial, atisbos industriales y una intensa actividad agrícola en su entorno inmediato. La pequeña y pujante urbe mantenía en términos cívicos un talante republicano y veía florecer novedosas expresiones cosmopolitas -fotografía, ópera, fonógrafo, cinematógrafo-, junto a sus tradiciones populares. Otros poetas surgían también en sus calles, salones, picanterías, cafetines y plazas, como Alberto Hidalgo, que migró pronto a Buenos Aires, Blanca del Prado, Alberto Guillén, Mario Chabes o Guillermo Mercado.

Entre 1918 y 1955, Rodríguez ocupó la dirección de la Biblioteca Municipal y fue cronista oficial de la ciudad. Salvo un breve viaje a México, en 1941, permaneció todo ese tiempo en Arequipa. «Aquí respirando ancestro se forjó mi loco empeño» dice, por algo, en uno de sus versos. En 1930, la Universidad de San Agustín lo nombró catedrático de literatura y filosofía, pero el poeta autodidacta no tardó en abandonar la enseñanza. Vivía inmerso en la biblioteca, el paisaje y la vida familiar. «Guillén, Rodríguez y yo / íbamos a una tarde, / desde el tañido de Tingo, / sobre sonares de sauces» recuerda Martín Adán, en un romance escrito durante su estadía arequipeña. Rodríguez devoraba en la biblioteca las novedades literarias y sesudos libros de filosofía, conversaba con sus amigos bajo los portales de la Plaza de Armas, hacía frecuentes paseos campestres, oía sinfonías y sonatas en su casa del Vallecito y escribía sin prisa ni pausa su ingente obra poética, además de incursionar de manera eventual en géneros como el ensayo, el teatro e incluso la novela.

Ya jubilado, viajó por Chile, Argentina y Brasil, y en 1969, cuando estaba por cumplir ochenta años, visitó algunas ciudades de Europa. En vida, Rodríguez publicó solo dos libros de poemas. El primero, *La torre de las paradojas*, apareció en Buenos Aires, en 1926 y era más una antología de poemas que un libro orgánico. El segundo, *Sonatas en tono de silencio* (1966), igualmente antológico,

PSICOLOGÍA FELINA

Mi gato tiene un viejo prejuicio de las cosas:
las araña, las veja, pone su garra al sol:
vive una vida muelle tras sus pieles lujosas
y sus ojos redondos son dos llamas de alcohol.

En el umbral tendido, decorando las losas,
es un aguafuertista que realiza su rol;
suele cazar a veces sutiles mariposas
y en las noches de orgía sinfoniza en bemo.

Por los tejados altos de las casas vecinas,
con pasos acrobáticos, burlando carabinas:
estupra, rapta, riñe, sintiendo amanecer...

La luz de muchos días, cuando a tornar empieza,
lo ve tendido siempre rumiando su pereza
como un poeta hurtaño que lee a Baudelaire.

En *La torre de las paradojas*, 1926

SOLO

En el tumulto de la calle,
sabor y olor a manicomio,
voy despejando mi conciencia,
solo.

En el silencio de los parques,
verde de arbustos y sol de oro,
siento latir el infinito,
solo.

En la butaca de un teatro
con el rebaño codo a codo,
percibo el frío de los números,
solo.

Fumando un largo cigarrillo,
veo perderse el humo absorto,
como me pierdo cada día,
solo.

Nunca pedí cuartel. Serenamente
bebo cicuta a sorbos.
Marcho al suplicio de la nada,
solo.

En *Sonatas en tono de silencio*, 1966

SICOGRAFÍA DEL POETA

RENATO MORALES DE RIVERA

Renato fue un iluso marinero
que se embarcó en un barco de papel.
Todo era mar en su contorno, pero
el verdadero mar estaba en él.

Bebiendo absintio -zumo de lucero-
sedó el encono de su viaje cruel;
y sobre el humus de la vida cero
se irguió la maravilla de un laurel.

Sordo al aplauso y a la pena sordo
lo vimos taciturno siempre a bordo
emprorando su barco hacia el confín.

Este sabio alquimista de poemas
compuso en verso musicales gemas
como si las sacara de un violín.

En *Obra poética*, 1993

tuvo como editor al Ministerio de Educación, cuando el gobierno le otorgó la Orden del Sol y el Congreso opo-
sitor su propia medalla. ¿Por qué fue Rodríguez tan parco
en publicar y tan abundante en escribir? ¿Le resultaba
tedioso organizar sus libros, no tenía editores dispuestos
a publicarlos? Su *Obra poética* (Arequipa, Universidad
Nacional de San Agustín, 1993), compilada por su hija
Bertha, a quien solía dictarle los poemas que procesa-
ba mentalmente en sus prolongadas vigili-
as de adulto, y por el catedrático agustino Enrique Azálgara Ballón,
suma, en todo caso, tres gruesos volúmenes organizados
con un criterio temático, ajeno a la cronología.



Dueño desde joven de una aplomada musicalidad,
«de una técnica segura e irreprochable, en versos de una
ternura clásica» al decir de Vallejo, Rodríguez fue un
sonetista infatigable de imágenes rotundas, que compu-
so también cantos vigorosos impregnados de historia y
sabor local. El poeta escribió, además, romances, com-
posiciones livianas a las que él mismo llamó *bagatelas*,
poemas amorosos y de circunstancias, estampas costum-
bristas, poemas de corte religioso o de crítica social, artes
poéticas y soberbios apuntes de paisajes y, más tarde, de
viajes. En muchos de sus poemas, el tono especulati-

vo del pensamiento, embebido de metafísica, tensa las
cuerdas del desasosiego y las percepciones emotivas; en
otros, la erudición libresca o el dato nimio de la expe-
riencia prosaica tocan fibras interiores y se manifiestan
en alguna de sus formas poéticas.

Rodríguez se mantuvo inamovible en sus tempranos
dominios expresivos, abundando y ahondando en ellos
durante su larga existencia, sin inclinarse por las ex-
presiones vanguardistas, signadas por el estremecimien-
to vallejano de *Trilce* (1922) y otros giros significativos.
Vista en conjunto, su obra tiene mucho de bitácora vi-
tal o diario íntimo, donde prima la dispersión de tonos
alrededor de las unamunianas circunstancias del yo, al
que un variado torrente de música verbal parece soste-
ner, proteger, arropar o desnudar, según el caso. De ahí
también que invite, de modo preferente, a la antología,
como vuelve a probarlo esta rigurosa y oportuna selec-
ción hecha por el poeta español Francisco José Cruz
-certero rescatista de lirás distantes u olvidadas en el ámbi-
to de nuestra lengua común-, que, de seguro, mucho
le hubiera agradado al propio autor.

César Atahualpa Rodríguez murió en Arequipa,
el 12 de marzo de 1972. Fue velado en la casa de la
calle Puente Grau, donde residía entonces su hermana
Ernestina, en la misma sala que solía acoger a los poe-
tas de *El Aquelarre*. Mi familia materna era propietaria
de la casa contigua y allí también vivíamos nosotros.
Mi padre tenía especial aprecio por *don César*, quien
lo había tratado con amical deferencia desde los años
cincuenta, y una de mis tías abuelas, aficionada al *bel
canto*, lo había conocido de joven y admiraba su obra.
Yo solo lo había observado de lejos unas pocas veces,
pero acompañé a mi padre al velorio y me impresionó
ver al poeta en su quietud mortuoria. De eso hace justo
cincuenta años. Complace constatar ahora que lo me-
jor de su poesía permanece.

Fotos: Vargas Hermanos, ca. 1920 y 1950, Arequipa.



Foto: Juan Ponce / El Comercio

LA VIDA EXAGERADA DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

La Feria Internacional del Libro de Lima rindió homenaje el pasado domingo 31 de julio al escritor Alfredo Bryce Echenique (Lima, 1939), al conmemorarse cuatro décadas de la aparición de *La vida exagerada de Martín Romaña*, una de las novelas más celebradas de quien es considerado entre los principales narradores de nuestro continente. En el acto, que congregó a una multitud de jóvenes lectores y numerosos amigos del autor, participaron la escritora María José Caro, el narrador Jorge Eduardo Benavides y el crítico y profesor universitario César Ferreira, quienes ofrecieron sus apreciaciones sobre la obra y dialogaron con el propio Bryce Echenique.

Dado que *La vida exagerada de Martín Romaña* es una novela que aborda con desenfadado humor y depurados recursos estilísticos la experiencia del protagonista -alter ego de Bryce Echenique- y de un puñado de artistas y migrantes peruanos y latinoamericanos en el París de los años sesenta, el diálogo permitió diversas evocaciones de aquella época, en la que, con su poderoso magnetismo y talante cosmopolita, la capital francesa atraía a los jóvenes creadores de diversas latitudes. Con su inconfundible estilo, Bryce Echenique desmenuza en su relato miserias y grandezas de sí mismo y del prójimo, recorriendo desde las minúsculas buhardillas con techos de pizarra del viejo centro parisino, hasta las barricadas de adoquines en el Barrio Latino, en los tumultuosos días de mayo del 68, mientras se suceden acaloradas tertulias, impregnadas de radicalismos dogmáticos, desbordados romances, pasiones e hilarantes aventuras.

Este libro de Bryce Echenique se convirtió en el primero de un díptico narrativo, cuyo segundo título es *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* (1985), donde reaparece el personaje-narrador Martín Romaña. Ambas obras llevan como título global *Cuaderno de navegación en un sillón Voltaire*. En el homenaje de la FIL, el escritor se refirió también al cómodo y relajante asiento decimonónico del mobiliario galo, que le resultó muy provechoso para enfrascarse en largas lecturas y continuas remembranzas que terminaron arribando al ansiado puerto de la escritura.

AGENDA

26 FCL

EL FESTIVAL DE CINE DE LIMA

Del 4 al 12 de agosto se lleva a cabo el 26 Festival de Cine de Lima, que es organizado anualmente por el Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica del Perú.



Yvonne Frayssinet

La cita, la más importante de su género en nuestro país, triplica este año su oferta cinematográfica, reducida en las dos anteriores ediciones por las limitaciones de la pandemia, y alterna en este caso las actividades presenciales con las virtuales. El Festival tendrá en competición treintaiuna películas latinoamericanas, entre cintas de ficción y documentales. Ofrecerá, además, ochenta largos y cortometrajes en su sección «Muestras» y rendirá homenaje a dos reconocidas actrices, la argentina Mercedes Morán y la peruana Yvonne Frayssinet, así como celebrará la trayectoria del crítico, sonidista y realizador Francisco Adrianzén, quien ha dirigido once cortometrajes documentales, dos medimetrajes y dos largometrajes del mismo género. A ello se suman diversos diálogos con los cineastas presentes y otras actividades que forman parte del nutrido programa propuesto para esta nueva edición. El Festival de Cine de Lima tiene como director general a Marco Mühletaler, y como director artístico al reconocido cineasta Josué Méndez.

<https://www.festivaldelima.com/2022/>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe